

Antonio Rubial. *Los libros del deseo*. México: Ediciones del Equilibrista-CNCA, 1996.

Las monjas mayores salieron dejando encendida la luz de cuatro cirios que iluminarían el recinto durante toda la noche. No podía dejarse el dormitorio en tinieblas, pues la obscuridad era la madre de las tentaciones y el propio cuerpo un peligroso enemigo del alma (214).

Hace ocho años tuve la fortuna de ser alumna del Dr. Antonio Rubial en la cátedra de historia medieval que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Una de las cosas que se grabaron por siempre en mi memoria de aquellas sesiones, fue la impresionante capacidad narrativa con que el Dr. Rubial describía los escenarios, costumbres, ideas y demás aspectos de la vida social, política y cultural del período que estudiábamos. Y es precisamente esa misma habilidad la que, acompañada del profundo conocimiento que posee sobre la sociedad novohispana, se despliega ahora en su primera novela, *Los libros del deseo*, publicada recientemente.

A través de la historia del juicio que en 1693 se estableció en contra de Sor Antonia de San José (monja profesa del convento de Jesús María) y el fraile agustino Pedro Velázquez, por los delitos de

“fracción de clausura, estupro, sacrilegio, incesto y adulterio” (444), Antonio Rubial nos brinda la posibilidad de trasladarnos a la vida colonial de siglo xvii y los primeros años del xviii. A partir de este suceso, descubierto accidentalmente por el investigador en el Archivo General de Indias de Sevilla, se desarrolla la historia de los 7 personajes centrales que dan vida a la novela y a través de cuyo perfil se reconstruye de manera magistral un panorama que retrata la complejidad sociocultural del México virreinal.

La estructura de la novela, elaborada a partir de la construcción psicológica de los protagonistas y del debate entre los preceptos espirituales y los eventos terrenales en que se inscribe la historia de sus vidas, fructifica en un fino dibujo del conjunto de ideas, creencias e imaginarios que atraviesan a una sociedad caracterizada tanto por la constante lucha entre las diversas jerarquías del poder eclesiástico y el temporal, como por las contradicciones internas de un mundo dicotomizado por las pretensiones normativas del deber moral, y el peso de una realidad gobernada por la corruptibilidad espiritual de los irreductibles deseos humanos.

La narración se adentra en la compleja dinámica de la estructura colonial, cuya vida social y ‘espiritual’ se muestra altamente estratificada y en cuyo interior sin embargo, se establecen también espacios de flexibilidad inimaginable frente a la pretendida rigidez de sus prohibiciones. Así, al lado de la corrupción moral y administrativa que permea a la institución eclesiástica, y que entre otros aspectos se expresa en los conflictos de poder entablados entre las diferentes congregaciones religiosas que poblaron el nuevo mundo, el autor nos sorprende con la descripción de las muchas prácticas que entrecruzaban la vida de los religiosos (as) con la cotidianidad de los placeres mundanos. La apetitosa descripción de la gastronomía colonial, por ejemplo, desde la más suntuosa y de elaborada preparación que formaba parte de la mesa cotidiana de los grupos adinerados, hasta la dieta básica de los sectores populares, es uno de los aspectos que logra introducir al lector en ese mundo gobernado por un sentido sagrado del tiempo en el que los ritos y eventos religiosos marcan la sucesión del día y la noche, de las estaciones y los años transcurridos. Asimismo, la presencia constante de las grandes y pequeñas fiestas religiosas así como de un sin fin de prácticas curativas populares, son elementos que ejemplifican claramente las dos vertientes básicas del sincretismo cultural del período, expresadas en la supervivencia de una mentalidad mágico-religiosa de procedencia prehispánica y la imposición de un imaginario cristiano asentado en ideas tales como el pecado original, la lucha permanente contra las fuerzas del mal, y el

sufrimiento y el castigo como mecanismos depuradores de la imperfección intrínseca a la naturaleza humana.

De la mano de sus protagonistas, *Los libros del deseo* dirige nuestros pasos por muchas de las calles, las plazas, los templos, los conventos y demás construcciones que hoy reconocemos como parte de la arquitectura colonial del corazón de la Ciudad de México, así como de la geografía circundante que Rubial recrea con destreza en el recorrido de los caminos, los canales e incluso las travesías emprendidas en los traslados de una jurisdicción religiosa a otra. Pero no solo ello, gran parte de las reflexiones y dudas que atraviesan el ánimo de los actores centrales de este drama, nos permiten interactuar en la discusión que ellos mismos entablan con el cuerpo teológico sobre el que se edifican los supuestos de los ideales y la normatividad moral a que deben atender, y que sin embargo, se estrella continuamente contra la fuerza de sus más profundos anhelos que, una y otra vez, les constatan su mundana corporeidad: el arrebatado de la lujuria despertado por el encuentro entre dos cuerpos, el despecho de la traición, la ansiedad que trastoca las normas y las distancias de clase para reunirse con la persona amada, la altanería y el misterioso gozo de saberse príncipe en las contiendas de la arena política.

Amor y poder, dos de los principales territorios en que, a decir del psicoanálisis contemporáneo, se tejen las intrincadas redes del principio y motor de toda acción humana: desear. A partir de esta triada: poder-amor-deseo, el historiador consigue introducir al lector en la fascinante aventura de imaginar y sentir en carne propia la posibilidad de un revestimiento cultural diferente para el acceso a la experiencia de afectos y emociones tan cercanas, como el enamoramiento o el ejercicio de la sexualidad. Al mismo tiempo, nos sorprende también el sin fin de elementos de ambos imaginarios —amor y sexualidad— que no sólo es posible entrever en la mentalidad de períodos posteriores —como el porfiriato— sino que incluso permanecen hoy día, con todo y las transformaciones sufridas, como rasgos centrales de nuestras estructuras mentales y culturales.

El imaginario de lo femenino es, por ejemplo, otro de los ejes a través de los que la novela logra introducirnos en la aventura antes dicha. La multiplicidad de circunstancias que determinan la condición de vida de las mujeres que pueblan esta historia, retratan fielmente la complejidad del imaginario y los estereotipos de lo femenino predominante en ese momento, así como el sentido primordial de la rigurosa normatividad social que pretendía controlar el peligro que la 'esencia' femenina representaba para el orden social, desde una perspectiva cristiana orto-

doxa en la que el cuerpo de las mujeres es la huella insoslayable del pecado original y de la propensión a la corrupción del espíritu. Indefensas ante su propia naturaleza, incapaces de autogobernarse y poner límite a la impronta de sus pasiones, las mujeres se convierten en un sector de atención especial para la institución eclesiástica. *Los libros del deseo* deja constancia de ello al adentrarse en lo que podríamos llamar la 'vida cotidiana' de los conventos y del conjunto de instituciones creadas por la iglesia para atender y controlar las conductas femeninas atípicas, como por ejemplo el hospital para mujeres dementes o las casas de recogimiento. Del mismo modo, este recorrido por los resquicios de la vida conventual nos muestra el recóndito mundo de intereses económicos, políticos y religiosos que determinaban el origen y la posibilidad de supervivencia de estos espacios y, aunque por una parte logra evidenciar las estrechas opciones de vida a que podían aspirar las mujeres durante este período, también deja claros los horizontes de libertad, aun, cuando restringida, podía albergar la vida conventual, sobre todo en los raros casos en que el ingreso al convento se daba por propia voluntad; la continua presencia de Sor Juana Inés de la Cruz resulta un excelente ejemplo de ello, así como de los conflictos que para la misoginia eclesiástica representaba el desafío de la inteligencia femenina.

Los libros del deseo es, sin lugar a dudas, una excelente y placentera oportunidad para adentrarse en el pasado colonial, así como un magnífico resultado de la aventura que representa para un historiador entretejer los hechos del pasado bajo el auxilio de la imaginación y la literatura. Como bien advierte su autor en las primeras líneas, quien se atreva a iniciar esta travesía gobernada por el deseo, quedará atrapado en la ansiedad por conocer el final de una historia alejada en el tiempo, cuyos ecos sin embargo resuenan aún hoy por doquier, como el tañido de las campanas, como el poder de los secretos y la paz de los rezos, como la voz de estos testimonios que han desafiado el paso de los siglos para hablarnos de un anhelo vehemente: el deseo.

LUCRECIA INFANTE VARGAS
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM